

LA SINTONIA ENTRE EL NIÑO Y EL CUENTO CONDICION DE SU INFLUENCIA EDUCATIVA

Dr. CALVO BUEZAS

El niño nace con determinadas disposiciones, pero éstas se modelan, desarrollan, reprimen y adquieren un contenido determinado mediante el proceso de socialización que en la primera etapa de la vida se realiza principalmente en el medio familiar. Allí el niño interioriza y exterioriza los modelos de ajuste social, teniendo como vehículo principal el lenguaje, que en sus más diversas formas cumple la función de traducción en ambas direcciones, de afuera a dentro y de dentro afuera, de la intercomunicación sujeto-medio.

El cuento infantil es una de estas formas de lenguaje mediante el que se trata de conectar el mundo subjetivo del niño y el exterior o social. Ahora bien, para que este medio de socialización sea operativo necesita poner en sintonía los caracteres comunes del sujeto socializado y el medio socializante y que el mismo cuento participe de ciertos caracteres comunes a ambos.

La primera característica a tener en cuenta, que por otra parte es condición de todo el proceso de socialización, es la **gran plasticidad del niño**, para modelarse conforme a los impactos que recibe del medio. El niño está muy abierto a realizar el ajuste con las complejas estructuras de socialización que sucesivamente va descubriendo. «Cuando pueden andar y hablar, los niños tienen que aprender que no siempre pueden hacer lo que quieren, que a veces tienen que ceder a los deseos de los demás y que solo determinados tipos de conducta se consideran apropiados en situaciones dadas. La forma en que los padres y otros, estimulan estos tipos de conducta, se llama proceso de socialización» (1). Este proceso no se produce pasiva ni mecánicamente, sino mediante la interpretación activa y propia que el niño realiza del mundo que le rodea.

Durante la infancia el niño realiza de modo progresivo una separación respecto a la madre, separación que arranca del mismo parto físico y que continúa hasta que llega a ser adulto. A este proceso de separación respecto a la madre, el niño responde acentuando la **consistencia de su yo**, frente a la personalidad de los otros, proceso que culmina con la ruptura que supone la

pubertad, en la que se trata de conseguir la independencia y que marca radicalmente, incluso a veces de modo violento, la separación respecto a lo que hasta ahora ha sido su mundo. Este es el momento en que comienza a pensar el niño que el mundo de los padres, el mundo del que él está impregnado, no es el único mundo que existe.

La acentuación del yo propio es la que produce el egocentrismo del niño. En el fondo, todo este tipo de conducta responde a la necesidad de hacer por sí mismo su mundo y hacerle a su medida. Y es aquí donde la imaginación del niño y el cuento se vuelven a encontrar para dar satisfacción a esa necesidad. El egocentrismo encuentra su perfecta medida en la identificación que el niño hace con el personaje central y heroico del cuento, en torno al cual gira toda la narración, y la imaginación se mueve a sus anchas al instalarse en un mundo donde desaparece la resistencia de la objetividad y el cumplimiento riguroso de las leyes de la naturaleza y aparece la posibilidad de conseguirlo todo, con solo ponerla en marcha.

Ahora bien, ante la menor resistencia que opone la realidad exterior al imaginarla frente al vivirla, el niño se mueve con mayor libertad al ritmo de sus deseos y temores, de los que los subconscientes forman una parte importante. Este es el mecanismo que el niño también pone en marcha ante un juguete, sobre el que proyecta su propio dinamismo imaginativo. La diferencia entre estas dos caras de la vivencia infantil es la que llena la imaginación del niño y la que le lleva a teñir la realidad objetiva de su propia subjetividad, buscando mayor aproximación y dando origen al pensamiento animista y antropomórfico del niño que queda también muy patente en los cuentos.

Estos modelos de pensamiento animista, aparecen en la vida del niño porque este aún no ha adquirido el esquema ordenador y catalogador que separe lo subjetivo y lo objetivo.

Al no tener aún claramente definidos estos esquemas ordenadores, la mente del niño realiza la comprensión de la realidad a su medida de ser vivo y de persona humana. Esta es una forma de pensar común en los pueblos primitivos y que en el individuo Piaget, la hace llegar hasta la pubertad, aunque de modo decreciente.

Para el animismo se establecen relaciones con el mundo inanimado, como si estuviera dotado de vida y en virtud de antropomorfismo, se dota a los animales de conductas humanas, como el pensar, hablar, razonar y arrepentirse de sus conductas desordenadas, situando todos los acontecimientos en el mismo plano y comprendiéndolas bajo un solo modelo de realidad. Esta falta de distinción de planos, reales e imaginados, /animales y hombres/ inanimados y animados/ es característica común de la forma de pensar del niño y de la narración del cuento.

Los cuentos sobreviven porque a los niños les encanta, pero les encanta y tienen toda la fuerza de instrumento de socialización por la sintonía de forma de pensamiento que ambos presentan y que hace que la mente del niño se mueva en el cuento como pez en el agua.

El niño cuando se hiera contra una puerta la pega o la manda pegar, como

si de una persona que le ha hecho daño se tratara y esta conducta le lleva a abandonar rápidamente el llanto. El pensamiento animista y antropomórfico que reduce a realidad a un «continuum», convierte las leyes físicas en morales, comprende el mecanismo de las cosas bajo el modelo finalista de la mente humana y tiene su raíz en el doble movimiento de proyección e introyección.

El cuento infantil y el cuento parecen tejido de la urdimbre de los sueños, donde se juntan y entremezclan la posibilidad, la realidad y la identidad; el sueño y la vigilia, el conocimiento y la imaginación, el temor y el deseo, el mundo subjetivo y la realidad objetiva, el yo y el entorno condicionante, las leyes físicas y las morales, el finalismo y el artificialismo. «*Para el niño y el soñador, escribe Cone Bryant, todo es posible. Las ranas pueden hablar, los osos convertirse en princesas y los enanos en gigantes. Una caña es un perro, una cómoda una carroza de seis caballos, una alfombra un campo de batalla y un trozo de cartón la corona real*» (2). Esta manipulación del mundo la hacen los niños con tal persuasión y convencimiento que, cuando la madre se pone a jugar con ellos y trata de representar un cuento, asignando al niño los papeles y actuando de verdadero director teatral, si al padre le tocó el papel de lobo y lo representa con gesto violento, el niño se llena de temor, para inmediatamente la función e incluso llega a llorar. Si la imaginación borra los límites de posibilidad con la realidad, la falta de límite entre la realidad y la idealidad le lleva al niño a convertirse en idealista. En el cuento el bueno siempre sale premiado, mientras que el malo, recibe indudablemente el merecido castigo.

En este caso, el yo, olvidando los imperativos de la realidad, se mueve **llevado por los principios del Super-Yo**, de los que los personajes de los cuentos son una descripción, fruto de la proyección.

Otra de las características del pensamiento del niño es la intuición que los adultos olvidamos con frecuencia, fascinados por los éxitos del razonamiento. Pero en la vida del niño y en el cuento la intuición supera con mucho la brillantez del razonamiento. A este respecto escribe Schultz que «*tanto nos ensorberce el razonamiento que no queremos conformarnos con la intuición, y la decimos ciega porque desconocemos su hondura; pero la intuición está hecha de numerosas miradas, miradas de imágenes que se formaron con nuestra sangre, de esquemas que abandonamos cuando el relieve satisface más nuestro tacto*» (3). Propio del conocimiento intuitivo es la cercanía y la inmediatez entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, lo que supone una sintonía y crea un nivel de comunicación espontáneo y natural, que hace a los mensajes, que están revestidos de estos caracteres, considerablemente fecundos.

Estos son los pasos que P. Berger cita para explicar el proceso que sigue un niño hasta comprender el por qué no debe derramar la sopa.

Primero el niño ve que mamá, aquí y ahora, está enfadada con él, actitud que coincide entre otros muchos factores simultáneos, con haberse derramado la sopa. A continuación el niño descubre que mamá se enoja cada vez que tira la sopa. El abuelo, el padre, etc. también se enojan cuando se cae la sopa. Un paso más le lleva a descubrir que todos los de su alrededor se enojan cuando se cae la sopa, lo que facilita el paso siguiente de que no se debe derramar la sopa. La culminación del proceso llega cuando se le enseña que no debe tirar la sopa,

porque debe de ser un niño limpio. Mediante este proceso, intuitivo-inductivo, se llega a engarzar un hecho de la vida cotidiana con los valores que son esquemas de sanción.

A este mismo proceso coopera el cuento presentado escenas tipificadas de conducta que llevan unidas la gratificación y el castigo, de modo que sirve para conectar diversos tipos de conducta, presentados en la descripción y vividos imaginativamente por el niño, con una costelación determinada de valores. Y esto solo es posible cuando se produce una profunda cercanía entre la personalidad total del niño con la narración, cercanía que posibilita la vivencia de **inmediatez intuitiva** que el cuento realiza. Como escribe Bettelheim, «*Para que una historia mantenga de verdad la atención del niño, ha de divertirlo y excitar su curiosidad. Para enriquecer su vida, ha de estimular su imaginación, ayudarle a desarrollar su intelecto y clarificar sus emociones; ha de estar de acuerdo con sus ansiedades y aspiraciones; hacerle reconocer plenamente sus dificultades, al mismo tiempo que le sugiere soluciones a los problemas que le inquietan. Resumiendo, debe estar relacionado con todos los aspectos de la personalidad al mismo tiempo; y esto dando pleno crédito a la seriedad de los conflictos del niño, sin disminuirlos en absoluto, y estimulando, simultáneamente, su confianza en sí mismo y en el futuro*» (4). Esta sintonía vital es más fácil y se produce más espontáneamente mediante el conocimiento intuitivo que con ninguno otro.

Al operar el cuento de molde y vehículo del mundo subjetivo o objetivo en ambas direcciones, su vida interior entra en contacto inmediatamente con el episodio de la narración, de modo que proyectando su psico-drama e introyectando el sociograma consigue una simbiosis que entra a formar parte de su propia vida, tanto del presente como del futuro.

NOTAS

- (1) Biehler, R.F.: «*Introducción al desarrollo del niño*». Diana, México 1980, pág. 352.
- (2) Cone Bryant, S.: «*El arte de contar cuentos*». Terra Nova. Barcelona 1979, pág. 126.
- (3) Schultz, F.: «*El mundo poético infantil*». Ateneo. Buenos Aires, 1968, pág. 22.
- (4) Bettelheim, B.: «*Psicoanálisis de los cuentos de hadas*». Grijalbo, Barcelona, 1980, pág. 11.

BIBLIOGRAFIA

- Alvarez de Casanova, J.: «*Psicología pedagógica. Estudio del niño español*». Espasa Calpe. Madrid, 1971.
- Almendros, H.: «*Estudios sobre la literatura infantil*». Nueva Biblioteca pedagógica. México, 1971.
- Andersón, E.: «*Teoría y técnica del cuento*». Marymar. B. Aires, 1978.
- Bettelheim, B.: «*Psicoanálisis de los cuentos de hadas*». Grijalbo. Barcelona, 1980.
- Branderberger, E.: «*Estudios sobre el cuento español actual*». Ed. Nacional, Madrid, 1974.
- Busquets, L.: «*Para ver la imagen*». ICCE. Madrid, 1977.
- Carandell, J.: «*Reflexiones acerca de la literatura llamada infantil*». Cuadernos de Pedagogía. Diciembre, 1977.
- Cerda, H.: «*La literatura infantil y las clases sociales*». Akal. Madrid, 1978.
- Cervera, A.: «*Las nuevas corrientes de la literatura infantil*». Educadores, n.º 83. 1973.
- Consejería de Cultura de Asturias: «*Cuentos asturianos*». Oviedo, 1980.
- Del Amo, M.: «*La hora del cuento*». Servicio Nacional de lectura. Madrid, 1964.
- Della-Piana, G.: «*Como comunicarnos con los niños*». Lumussa, México, 1978.
- Elizagaray, A. M.: «*En torno a la literatura infantil*». Unión de escritores y artistas de Cuba. La Habana, 1975.
- Fahrmann, V. y Gómez del M.: «*El niño y los libros. Cómo despertar una afición*». S. M. Madrid, 1979.
- Francescato, J.: «*El lenguaje infantil*». Península. Barcelona, 1972.
- Guevara, A. y otros: «*Psicopedagogía y psicopatología del cuento infantil*». Casa de la Cultura. Ecuador, 1969.
- Held, J.: «*Los niños y la literatura fantástica*». Paidós. Barcelona, 1981.
- Illich, I.: «*Educación sin escuela*». Península. Barcelona, 1975.
- Janer, M. G.: «*La literatura infantil*». ICE. Mallorca, 1979.
- Lacan, M^o, H.: «*Didáctica de la literatura creadora*». Kapeluzz. Buenos Aires, 1976.
- Leriche, A. M.: «*Cuando los niños tienen miedo*». Narcea. Madrid, 1980.
- Martínez, M.: «*Narraciones infantiles y cambio social*». Taurus. Madrid, 1971.
- Meves, CH.: «*Los cuentos en la educación de los niños*». Sal Terrae. Santander, 1972.
- Pasteriza, D.: «*El cuento en la literatura infantil*». Kapeluzz. Barcelona, 1962.
- Santamaría, C.: «*Cómo contar un cuento*». El país. Madrid, 19-VII-83.
- Sarto, M. M.: «*Técnicas de la animación de la lectura*». S.M. Madrid, 1984.
- Schultz, F.: «*El mundo poético infantil*. Ateneo. Buenos Aires, 1968.
- Torre, S. de la: «*Educación en la creatividad*». Narcea. Madrid, 1982.
- V. de Nassier, M. C.: «*El cuento para los niños y su educación psicosocial*». El libro español. Junio, 1976.
- Zlotowicz, M.: «*Los temores infantiles*». Paideia. Barcelona, 1978.

